

EL BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO IV.

Lérida, Mayo de 1878.

NÚM. V.

ESTUDIO CRÍTICO FILOSÓFICO DEL MATERIALISMO.

(Continuacion.)

El materialismo, señores, escuela filosófica que saca sus argumentos y teorías del arsenal de las ciencias empíricas, basadas en la esperiencia y los hechos, atribuye á dos principios inseparables, inmutables, simultáneos, eternos é infinitos, todas las modificaciones de la existencia, todos los fenómenos de la naturaleza, ya la estudiemos en el macrocosmos ó en el microcosmos, en el universo ó en el hombre, en los séres inorgánicos ó en los diferentes organismos que se producen en virtud de leyes inherentes á los átomos. *La materia y la fuerza:* he aquí los dos polos sobre que giran, las dos fuentes únicas de donde manan todos los hechos, todas las verdades, la luz, la vida, las sensaciones, la actividad inconsciente ó voluntaria, la inteligencia del hombre y la negacion de Dios.

En sentir de la escuela materialista, la materia es inmortal é indestructible: las formas nacen y mueren, los séres inorgánicos se modifican y contribuyen á la formacion de los orgánicos, los organismos sufren continuas metamorfosis; pero la materia es siempre la misma en calidad y en cantidad, conforme la balanza del químico ha venido

à demostrarlo. Los átomos no pueden, por lo mismo, dejar de existir; ni tampoco pudieron ser creados, porque nada se hace de la nada, y lo que no puede anonadarse no pudo en ningun tiempo ser creado. Y como la materia sin la fuerza ni es concebible ni constituye una realidad, la fuerza es tambien inmortal y eterna, y produce con la materia el conjunto de fenómenos que resultan de la existencia individual y universal. El mundo no está gobernado sino por la fatalidad absoluta inherente á la misma materia, sin que sea necesario apelar á un principio individual superior, preexistente, causa del universo. Las ciencias empíricas rechazan el supuesto de un Dios creador, como inútil y supérfluo para explicar lo que sin él esplican perfectamente las leyes inherentes á la naturaleza de los séres. Al preguntar Napoleon al célebre Laplace por qué no hablaba de Dios en su sistema celeste, «¡Señor!—contestóle el astrónomo—no he tenido necesidad de semejante hipótesis.»

El supuesto—continúa la misma escuela—de una fuerza individual, eterna, creadora, superior á las leyes de la materia, es, no solo una superfluidad inútil, sino tambien un estorbo para la esplicacion de los fenómenos naturales y una aberracion del entendimiento humano. Admitir una fuerza sobre la naturaleza es trastornar el universo, destruir la ciencia, establecer como fundamento del mundo la arbitrariedad y el caos. Semejante fuerza no se concibe ántes ni despues de la creacion; porque es absurda la idea de un Dios permaneciendo inactivo delante de la materia informe é inmóvil, ó descansando en la inaccion despues de haber dado las leyes á la materia.

Los séres vivientes, y entre ellos el hombre, solo deben su existencia y propagacion á la accion recíproca de materias y fuerzas físicas. Hubo un tiempo en que nuestro planeta era una gran masa de vapores en rotacion, incapaz para producir ninguna clase de organismos, y mucho ménos organismos animales. Al través de los siglos fué enfriándose el globo y condensándose los vapores: apareció el agua, y á su influencia, combinada con la del aire y de los

minerales, formóse en la superficie terrestre una série de capas superpuestas y en aptitud de producir séres orgánicos: entónces aparecieron los vegetales, desarrollándose en progresion ascendente de las formas mas imperfectas é incompletas á las más perfectas y complicadas, siempre en relacion con el desenvolvimiento progresivo del planeta y con las condiciones exteriores de su superficie. Primero existieron plantas y animales marítimos, cuando el mar cubria aun la mayor parte del globo; retirándose las aguas y brotando de sus senos el continente, aparecieron lenta y sucesivamente las plantas terrestres, hasta formar inmensos bosques y una vejetacion grandiosa; y, por último, purificada la atmósfera del ácido carbónico en que abundaba el aire y con el descenso siempre creciente de la temperatura, vinieron los animales herbívoros, despues los carnívoros y últimamente el hombre. La ciencia no ha podido explicar todavía el misterio de la formacion de los organismos; pero ¿qué importa? Antes que recurrir al vetusto y desautorizado recurso de una causa primera inteligente, y cerrando el libro de las ciencias empíricas, que nada dice para dar solucion á la dificultad, los materialistas ofrecen algunas hipótesis en las cuales fian el triunfo decisivo de su escuela.

Examinémoslas.

Los gérmenes de todo ser viviente, predispuestos á las especies, son eternos como los átomos, habiendo sólo necesitado para su aparicion y desarrollo del influjo de ciertas circunstancias exteriores: vinieron estas, y los gérmenes bajaron á la tierra, la fecundaron y poblaron. O en otros términos: con los átomos ha coexistido desde la eternidad la materia orgánica, y, en consecuencia, es inútil y ocioso el trabajo de los que pretenden investigar el origen de los organismos, porque los organismos han existido siempre. Esta es la primera paralela abierta por la escuela materialista en frente de la plaza enemiga que se promete expugnar: si los organismos han existido siempre, huelga la idea de una inteligencia soberana, eterna directriz de la fuerza física y de la circulacion de los átomos.

La segunda paralela se apoya por uno de sus extremos en la generacion espontánea y por el otro en el desarrollo lento y gradual de las formas orgánicas, de las mas sencillas á las mas complicadas y perfectas. Los gérmenes de los séres vivientes ya no se remontan á una existencia eterna: perdidos vagaban é informes entre los átomos, y de las combinaciones y metamórfosis de los átomos nacieron, por el mero concurso, casual ó necesario, de elementos inorgánicos y fuerzas esclusivamente naturales sin direccion inteligente. La planta se convirtió insensiblemente en animal, el animal en hombre. La idea de Dios es, pues, innecesaria para explicar el origen y desenvolvimiento de los séres, dado que el hombre no es sino una trasformacion progresiva de un animal menos perfecto, y el primer organismo, generador de los demás, producto del fatal movimiento de los átomos.

Y llegamos á la tercera paralela. La idea de que Dios ha creado arbitrariamente, no ya los organismos vegetales y animales, sino al hombre mismo, es la negacion de la existencia de Dios. La gran Alma del mundo, el Autor del universo y de sus leyes, el Supremo Artífice que hubiese sembrado de sistemas solares el espacio, es inconcebible desde el momento que se le hace intervenir en nimiedades como la creacion del hombre. Además, una intervencion sobrenatural exigiría necesariamente, segun Feuerbach, una continuacion sobrenatural que la esperiencia desmiente. La naturaleza es la que todo lo crea y todo lo modifica: con sus exclusivas fuerzas desarrolla la existencia y la vida, y con ellas vuelve á su seno los despojos del hombre y de las demás formas orgánicas. ¡No hay mas Dios que la materia y la fuerza!...

Hasta aquí, señores, los conatos de los materialistas se dirigen principalmente á negar la necesidad de una primera causa, negacion que, como no dejais de conocer, es el cimiento de sus teorías sobre la naturaleza del hombre. Suprimid todo principio sobrenatural, y el hombre no será de mejor condicion que la materia inorgánica: su pasado

y su porvenir un sueño eterno, su presente un rayo de desconsoladora luz, un paréntesis aterrador, el despertar de un reo condenado á inevitable muerte. Estériles serian, por tanto, mis propósitos y vanos mis esfuerzos por elevar al hombre sobre el nivel de la materia, si ántes no procurase remover la formidable base en que descansan los argumentos de la escuela que me he propuesto combatir en mi discurso. Permitidme, pues, examinar á la luz de la ciencia la solidez de las doctrinas de dicha escuela con respecto á la existencia de Dios, para proceder luégo con mas seguridad y á pié firme al exámen de las que se refieren á la naturaleza de la criatura racional.

(Se continuará.)

BOSQUEJO EVANGÉLICO.

AL ALCANCE DE LA RAZON Y DEL SENTIMIENTO.

V.

«¿Quién de vosotros que quiere edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla; no le suceda que, despues de haber echado los cimientos y no pudiendo concluirta, todos los que lo vean comiencen à burlarse de él?»

Se dirige esta sencilla y sentida alocucion á que examinemos y meditemos con reflexion antes de obrar, para no detenernos luego de empezada la tarea en nuestro concebido propósito; no debiendo vacilar en el camino que hemos de seguir hasta el debido cumplimiento del fin propuesto. En efecto, incúmbenos antes de entrar en una nueva senda, en la empresa de algun trabajo, reflexionar y hallar la razon plausible de su importancia y utilidad, y de los medios conducentes para poder llevar la obra á feliz tér-

mino con nuestra perseverancia y enérgica actividad; pues que en tal caso no debemos ya cejar en lo mas mínimo para dar cima á nuestra resolucion, que de abandonarla por falta nuestra, ó por carecer de recursos, ó por no haber premeditado la cosa con reflexion, podria dar márgen á un feo descrédito en nuestro nombre, siendo objeto de crítica y tal vez de mofa y ludibrio de los hombres cuerdos y de prevision. Aluden principalmente las palabras del texto evangélico que preceden, á nuestra obra de progreso y perfeccionamiento, para lo cual hemos de tomar siempre con las más prudentes y conducentes medidas, todas las debidas precauciones, en la mas firme voluntad y perseverancia, á fin de dar á nuestros propósitos el mas cabal y feliz cumplimiento.

«Yo te glorifico, Padre mio, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sábios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí, Padre mio, alabado seas, por haber sido de tu agrado fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo habrá querido revelar.»

Yo te alabo, Padre mio, Señor del Cielo y la tierra, porque has encubierto estas cosas grandes á los sábios y prudentes del siglo; es decir, á los poderosos y engreidos del saber humano, que pretenden no admitir más que lo que ellos creen haber descubierto y aprendido por su ciencia, por solas sus investigaciones, atribuyéndolo todo á sí mismos y negando la necesidad de todo auxilio superior. ¡Ay! y cuántos de estos engreidos y orgullosos sabios abundan aun en el día, creyendo ser los doctores infalibles de la tierra! Arboles de hojarasca y de engañosa visualidad, que nunca producirán buen fruto miéntras vivan en esa tierra de predileccion fastuosa, en la que su infecundidad no podrá producir sino malas yerbas, flores vistosas para la vanidad del entendimiento, pero que permanecerán infructíferas, infecundas para la produccion de buen fruto, para

la produccion de la sabiduría, que es la única que puede alimentar cumplidamente el entendimiento y el corazon de los hombres.

Jesús se proponia, bajo el buen sentido de aquellas frases, alentar á los apóstoles y discípulos, que habian de propagar sus doctrinas, haciéndoles comprender que no carecerian de los medios necesarios para su enaltecida mision, y que obtendrían la santa y verdadera sabiduría que Dios derrama á manos llenas, con su inacabable munificencia, en la mente y en el corazon de los sencillos y humildes, que son los que se entregan con confianza y fé á su providencia y misericordia; pues que él para la realizacion de cuanto cabe en la celestial economía y en sus miras para hacer adelantar á los hombres hácia su moral progreso y perfeccionamiento, no se vale de los que el mundo suele equivocadamente admirar, sino de los sencillos y puros de corazon, de los confiados y amorosos, de los humildes de espíritu y levantado sentimiento.

Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo habrá querido revelar; lo cual viene significando, como una grande enseñanza para los hombres, que ellos no pueden conocer nada de las cosas del mundo celestial sino por inspiracion, por la revelacion, que constantemente, y con más profusion de vez en cuando, segun las morales necesidades, se ha hecho y continuará haciéndose á los que viven en el amor del Padre y en la fé y amor de Jesús, nuestro único Maestro, luz, camino, verdad y vida por los siglos de los siglos para la terrestre humanidad.

«Venid á mí todos los que andais agoviados con trabajos y cargas, que yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon; y hallaréis el reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo, y ligero el peso mio.»

Hemos dicho que Jesús es la luz, el camino, la verdad y la vida; sigámosle, pues, marchando con él y practican-

do su santa doctrina, que es de humildad y amor, de abnegacion y sacrificio, que si en ello procedemos con fé y buena voluntad, su yugo nos será suave, llevando la tranquilidad, la paz, la dulce calma de la conciencia y el contentamiento de nuestro espíritu y corazon, como prelude de la dicha que mas adelante podremos esperar gozar en las celestiales moradas prometidas á los justos. El yugo es ligero en este sentido, y nunca es superior á nuestras fuerzas, mayormente si de Dios imploramos el valor de la resignacion y el sostenimiento de nuestra débil voluntad. Escuchemos y sigamos los consejos de Jesús; marchemos sobre sus huellas, y á buen seguro que entónces el peso de nuestros sufrimientos, las cargas y penalidades de nuestras pruebas, todo, todo nos será llevadero, convirtiéndose en una anticipada tranquilidad por el presente, y en inefable fruicion en lo porvenir, segun las promesas del Cristo. No perdamos de vista sus enseñanzas, debiendo comprender que él es el que nos excita y sostiene por la inspiracion de los buenos espíritus, dándonos fuerza y valor para hacernos superiores á las azarosas contiendas y miserias de la vida; en las que indudablemente, sin aquella celestial influencia, andaríamos perturbados y vacilantes en medio de nuestra debilidad y pequeñez. Aprendamos de él que es fuerte, á la vez que manso y humilde de corazon, y en su seno, como su amado discípulo Juan, hallaremos el reposo de nuestras almas, aun en medio de las tribulaciones que por doquiera nos cercan y envuelven en este valle de lágrimas. Busquemos sí la paz, pero la paz activa, en el ejercicio de nuestras buenas obras y en todas las grandes cosas.

«Estaba Jesús placticando al pueblo, y he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, que le querian hablar. Por lo que uno dijo. Mira que tu madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por tí. Pero él respondiendo al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y mostrando con la mano á sus discípulos: Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre,

que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre.»

No vayamos á fijarnos en la material significacion de estas palabras, pues nos conducirian á una mala inteligencia sobre el pensamiento y sentimiento de Jesús, quien nunca se propuso condenar y anular los legítimos sentimientos de afeccion por la familia, puesto que, como ya se ha dicho en otra parte, seria contrariar una grande é imperiosa ley que en sí siente instintivamente la naturaleza humana. Solamente se propuso temperar los excesos y las exageraciones de las afecciones que pudieran traducirse en reprochable egoismo, no pensando más que en los suyos cada cual, sin acordarse de sus semejantes, lo que no es dable, ni podia avenirse con el principio de caridad, que es el espíritu de la doctrina de Jesús, la cual recomendaba en todas sus enseñanzas, haciendo comprender á los hombres que todos en Dios somos hermanos. Es todo ello una confirmacion de lo que en otro lugar se ha venido expresando relativamente al deber que nos incumbe á todos de propender hácia el amor universal, hácia ese reino de fusion y fraternidad, á que el divino Maestro nos invita amorosamente en la sublime doctrina que predicaba, como medio y fin de nuestro progreso y perfeccionamiento.

La madre y los hermanos de Jesús, bien que estos últimos no fueran propiamente hermanos, sino parientes, no fueron realmente rechazados, como si los lazos de familia no le merecieran consideracion alguna. Solo sí quiso manifestar con sus palabras dirigiéndose á los que allí estaban presentes, á la par que á las generaciones futuras, que todos ellos eran su madre y hermanos, para despertar con su enérgica palabra el sentimiento de fraternidad que nos debemos todos, como hijos de un mismo Padre; siendo él el Hijo primogénito, segun solia apellidarse alguna que otra vez, el hijo del Altísimo, del Dios vivo, venido al mundo para ser luz y guia de los hombres; con lo que daba á entender que él más bien pertenecia á la genealogía espiritua que á la de la carne ó humana, en la que era solo considerado por las gentes de aquellos tiempos.

En cierta ocasion se acercaron los discípulos á Jesús y le hicieron la siguiente pregunta: *¿Quién será el mayor en el reino de los Cielos?*—Y Jesús, llamando á sí á un niño, le colocó en medio de ellos y dijo: *«En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Y el que acogiere á un niño tal como acabo de decir, en nombre mio, á mí me acoge.»*

Vuelve aquí Jesús á continuar las enseñanzas de humildad y sencillez, de confianza y amor, como tambien de proteccion para con los débiles, recordándonos á todos que el primero debe considerarse como el último, y que á veces el que más pequeño parece á la vista y consideracion de los hombres, es el mas grande á la vista de Dios. Jesús con la expresion de esas palabras, refiriéndose al niño que llamó á su lado, quiso hacer comprender á los hombres de su tiempo y á los que habian de sucederse despues en el curso de las generaciones, que es necesario ser sencillos de corazon y dispuestos siempre á todo acto de caridad, protegiendo principalmente á los débiles. No busquemos los halagos de la vanidad y del orgullo en nuestros actos, y procuremos elevarnos con nuestros merecimientos hácia Dios, sin hacer gala de ellos y sin contar jamás en absoluto con nuestras fuerzas, puesto que el hombre por sí solo no puede hacer gran cosa, necesitando por lo tanto del auxilio divino para la produccion del bien en la práctica de las virtudes. Jesús, como se comprende, hablaba directamente á los apóstoles y discípulos de su tiempo, pero lo hacia con el propósito de que la significacion de sus palabras, gradualmente iluminadoras, reflejara al traves del tiempo para luz y guia de toda la humanidad. La regeneracion de ésta, era y es su principal objeto, y á fin de que los hombres puedan realizarla, preciso es que se desprendan desde luego de toda tendencia al orgullo y al dominio, puesto que son vicios radicales que conviene destruir, debiendo al efecto cada cual conocerse y vencerse en todos los instintos é inclinaciones que á ello provocan y conducen.

«Mas quien escandalizare á uno de estos parvulillos, que creen en mí, mejor le seria que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por razon de los escándalos! Porque si bien es forzoso haya escándalos, sin embargo; ¡ay de aquel hombre que causa escándalo!»

En lugar de escandalizar á nuestros semejantes, y en especial á los inocentes y puros de corazon, deberíamos tener en cuenta que nuestro deber es por el contrario el de ofrecer en todas nuestras obras el ejemplo, el estímulo de la virtud, debiéndonos avergonzar en todo caso por nuestros vicios, por todos los actos malos, y mas por los que de algun modo pudieran ocasionar escándalo. El escándalo incita hácia el desvío del buen obrar, provocando desgraciadamente á los que con facilidad se dejan impresionar por el falso atractivo de una mala accion. Jesús, segun su costumbre, y cual convenia y era necesario hablar á las rudas gentes de su tiempo, solia usar un lenguaje severo é imponente, valiéndose las mas veces de espresiones figuradas y fuertes, capaces de producir el conveniente efecto en los empedernidos corazones de aquella atrasada generacion, que aun se hallaba en la segunda infancia de la humanidad: así se comprende y explica el que dijera en su oportunidad, que más valiera á uno fuera arrojado al abismo de los mares con una soga prendida de su cuello y pendiente de ella una piedra de molino, que ser causante de escándalo ante los parvulillos y gentes de alma pura y sentir sencillo, inclinadas naturalmente al bien. Necesariamente habia de haber escándalos en el mundo en el atraso en que todavía se hallaba y se halla aun la naturaleza humana, siéndole por lo tanto inherente la propension al mal, apenas aquí y allá triunfando el bien, pero cuya mezcla de bien y mal en el lento desarrollo moral de los pueblos ha sido y es en cierta manera necesaria como instrumento de depuracion en la lucha ocasionada por la contradiccion de sentimientos, que alternativa ó simultánea-

mente se desenvuelven en el curso de las sociedades. Mas ¡ay de aquel que descuidando la ley de su mejoramiento por la purificacion y justificacion que le incumbe, es por el contrario en su libertad piedra de escándalo, complaciéndose en el mal sin cuidarse de la práctica de las virtudes! ¡Compadezcámoslos, reconociendo á la vez nuestros propios defectos, ya que en más ó en menos todos estamos expuestos á desviarnos del recto camino, por lo mismo que estamos aun muy lejos de haber llegado al verdadero órden, á la vida de armonía. Hoy por hoy, por nuestra inferioridad moral y no obstante el desarrollo más ó menos acentuado de los pueblos, el mal no puede desaparecer de la tierra cual seria de desear. Por eso al lado de las virtudes se suceden los vicios, consecuencia de los malos instintos que por desgracia aun predominan, y de ahí el que nuestra morada terrestre se vea todavía expuesta á tantos desconciertos y calamidades, á tantas torturas y sufrimientos, que son y habrán de ser por mucho tiempo el purgatorio de la vida para la purificacion de los hombres. ¿Quién duda, si cristianamente sabe reflexionar, que los sufrimientos son el crisol de la depuracion de nuestros malos resabios, el instrumento de nuestras pruebas y expiaciones?

M.

(Se continuará.)

Mocion sobre la necesidad del fomento y mejoramiento de la instruccion y educacion de los pueblos, dirigida á la Excelentísima Duquesa de Medinaceli, como iniciadora y presidenta de la Asociacion general protectora de la Agricultura nacional, establecida en la Corte en Marzo de 1878.

SEÑORA:

Cuantas veces he fijado mi mente en la espléndida y universal creacion, pues que alguna que otra vez viene uno entregándose á la meditacion de las bellezas y maravillas de la obra divina, otras tantas he creido vislumbrar en sus

desarrollos y perenne marcha los rasgos más ó menos ostensibles de la Providencia, desde el átomo mas insignificante y la más debil fuerza, hasta la obra mas acabada y la suprema causa inteligente; y ello no solo en lo referente á este globo en que vivimos, sino, si es que nos sea permitido suponerlo, tambien relativamente á los mundos estelares y los demás planetas, como asimismo á las humanidades todas, que deberán de llenar de vida y accion el universal espacio, cumpliendo los destinos que el Sér de los séres les ha confiado en su bondad, sabiduría y amor para su progresiva perfeccion y su inefable y eterna dicha.

Sin salirnos de nuestra tierra, considerándola en su conjunto y principales detalles, en sus rasgos mas culminantes, no habrá de sernos difícil, con buena y atenta reflexion, entrever y hasta comprender que todo en la creacion aparece y nace desenvolviéndose por sus naturales creces y en sus sucesivas trasformaciones, marchando hácia el cumplimiento, bien que con lentitud, de la ley del progreso, realizándose del modo más misterioso y admirable, así en el reino inorgánico como en los organismos de toda clase, y de una manera análoga tanto en los individuos como en las colectividades específicas, genéricas y típicas, es decir, en todos los séres, órdenes y clases, sin excepcion y sin solucion de continuidad.

Mas en este continuado y universal movimiento, donde funcionan y se revuelven los séres todos, necesaria, inconsciente, instintiva ó conscientemente, descuellan con acentuada majestad, aunque en grados muy diferentes, los séres dotados de razon y sentimiento, destinados por su virtualidad y actividad, siempre crecientes, á obrar, no necesariamente ni por ciego instinto, sino con espontánea y libre voluntad, guiados por los dones del entendimiento y por la luz y sentir de la recta conciencia. Y por eso, si atentamente lo reflexionamos, habremos de comprender por precision que ellos han sido los llamados por la bondad y gracia de Dios á cooperar en la gran obra divina, ministrando cada cual libremente en la medida de las capa-

ciudades de su humana vida. He aquí, Señora, el principio, la razón de donde deriva la necesidad de nuestra constante acción dentro de la ley del trabajo, á la que ninguna criatura inteligente y libre debiera sustraerse.

El trabajo mecánico, el trabajo de la inteligencia y el asiduo y levantado ejercicio del sentimiento, si así cabe expresarlo, las facultades y actividades del ser humano, los poderes todos de la naturaleza, debieran propender siempre, en oportuna aplicación, al sacrosanto objeto del trabajo y del progreso. Este es un deber ineludible, que tarde ó temprano en el curso de las humanidades habrá de llenarse, como igualmente habrá de tener su realidad el cumplimiento de todas las leyes eternas, ya que por su naturaleza, en su esencia, son infalibles, pues descansan en la inmutabilidad. Y ello está en el orden, en la libertad, en la justicia, en el verdadero desenvolvimiento humano, para el cual hay que contar sobre todo con el amor que debemos á Dios y á nuestros semejantes, á nuestros hermanos, según nuestro primordial origen.

Tal es la armonía que debiéramos procurar establecer entre nuestros actos, en vía del perfeccionamiento á que Dios ha destinado al hombre en su bondad y sabiduría. Nos movemos y vivimos en él; por él somos y á él pertenecemos como operarios de su celeste viña; debiendo por lo tanto subordinar nuestros pensamientos y acciones á su suprema voluntad con nuestro trabajo en su obra, la cual siempre empieza y nunca acaba, marchando con los siglos, sin más límites en su sucesión que la misma eternidad. Y en esta para siempre duración de los siglos, él solo es el ser por sí mismo, la inmutabilidad por esencia; nosotros, por el contrario, destinados para la mutabilidad, para la sucesión y el progreso, en el curso perenne de las transformaciones de la materia y de las depuraciones del espíritu. Por lo que, y es cosa que no debiera olvidarse, el hombre en las diferentes y progresivas fases de su existencia, si es que haya de enderezar sus pasos según aquel orden eterno en cumplimiento de la voluntad divina, habrá

de procurar funcionar desde luego en esta mansión terrestre, llevando al seno de la humana y social vida el legado de su trabajo en la medida de sus facultades, ministrando activa, generosa y libremente en esta común morada, una de las innumerables viñas que posee y dirige el gran Padre de familias.

¡Cuán significativa é importante es á este propósito la enseñanza de la parábola de los talentos, de que se hace oportuna mención en el Evangelio!

Creo que V. E. en su delicado sentido é ilustrado criterio no habrá de tomar las precedentes consideraciones como un designio ó prurito de enseñanza presuntuosa, ni tampoco de consejo, cual si me propusiera hablar á manera de maestro; que vana sería mi pretensión, y más dirigiéndome en particular y respetuosa correspondencia á una persona tan entendida é ilustre en todos conceptos, á la inteligente y bienhechora dama iniciadora por su preclaro juicio de una de las asociaciones protectoras más trascendentales para la ilustración y para la paz y prosperidad de los pueblos. Y así, Señora, debo suplicarle que no se tome mi conato en esa mi ligera excursión sobre la grande obra de Dios, sino como una llamada de despertamiento, de invitación al estudio del gran libro de la naturaleza, donde hay tanto que aprender y contemplar y admirar; y por otra parte, y en cuanto á mí se refiera, es una simple manifestación de mi buen deseo, de la grata voluntad que me conduce á adherirme á las elevadas miras de V. E., por si también á mi vez puedo merecer hacerme en algo partícipe de su gloria. ¿Quién, Señora, no dejará llevarse del más anheloso afán por secundar y compartir tan altos designios, bien que sea en la escasez de sus propios méritos? Aquí caben indudablemente todos los buenos deseos, todas las legítimas aspiraciones del alma, puesto que todo ello se refiere al gran plan de la suprema sabiduría, centro y origen de todas las armonías que pueden satisfacer al espíritu, y á las que es dado al hombre propender en este su estado de vida de prueba por los esfuerzos de su libre vo-

luntad, guiada por la razon y el sentimiento, á la vez que alentada y sostenida por la misericordia y gracia de Dios.

Dejando ahora á parte estas preliminares reflexiones con todas las salvedades que revelan mi intencion, paso á exponer á V. E. la razon, el objeto y fin de mi idea, para que las juzgue y estime, y la haga valer en el caso de su aprobacion, prohijándola y fecundándola con los dones de su inteligencia y al calor de su humano sentimiento. La Instruccion educativa de los pueblos, sin descuidar lo mas mínimo la sólida enseñanza rural en los términos posibles y convenientes, tal es, Señora, mi ideal, la estrella polar de mis propósitos. Es asunto éste que absorbe mi mente desde hace ya mucho tiempo, pero su desarrollo, fomento y aplicacion requieren el valimiento del gran prestigio de V. E. De mi solo puedo prometerme una muy escasa valía, bien que mi deseo sea grande, sincero y desinteresado, personalmente hablando. Y este mi interés y buen deseo por el bien público nacen de mi sentimiento, de mis ligeros estudios sobre la naturaleza de esta tierra que nos sustenta y alimenta, de mi habitual observacion y experiencia y alguna que otra meditacion más ó menos detenida y contemplativa á que he debido entregarme al través del curso de mi vida, sobre la grande y misteriosa obra de la creacion.

Y es hoy, Señora, ocasion oportuna para insistir en demanda de buena iniciativa y proteccion de tan caros y positivos intereses. Se está cabalmente en vísperas de una nueva ley de Instruccion pública, pudiendo con tal motivo esperarse que bajo los auspicios de V. E. y la cooperacion notoriamente influyente de los entendidos y meritorios Individuos de la Asociacion Agrícola Nacional, se adoptarán los medios mas conducentes á fin de que el Gobierno de S. M., con tan propicias iniciativas de consejo y apoyo, pueda asentar sobre el particular la base de una sólida regeneracion material y moral, en toda la medida que requiere y permite la ley del verdadero progreso y del humano perfeccionamiento. La educacion popular, Señora, y esto bien

lo sabe V. E., es la gran palanca, el gran resorte del desenvolvimiento de la útil y aprovechada vida, el gran rodaje de nuestra progresiva elevacion hácia nuestros presentes y ulteriores destinos. ¡Dichosas las naciones cuyo régimen político, administrativo y religioso está basado en un sistema enaltecido de educacion, de la educacion en la libertad bien sentida y comprendida, es decir en el amor, justicia, respeto y adoracion; en la verdadera ciencia y en el puro sentimiento moral y religioso.

Pero desde luego y necesariamente, en nuestra España hay que pensar en el desarrollo y mejoramiento de la agricultura: bien lo ha comprendido V. E. en su elevada concepcion, cual se deduce de los extremos que tan oportuna y sabiamente se consignan en el programa de la mencionada Asociacion protectora de la agricultura nacional, que V. E. tan dignamente preside. Si, verdaderamente; la agricultura es la nodriza permanente de los pueblos, el manantial perenne de nuestras subsistencias; por eso en la gran ley de conservacion, á la que es inherente la necesidad de vivir por el trabajo, Dios ha querido que fuese un deber imprescindible para el hombre el explotar la tierra con el sudor de su frente, por el trabajo de su inteligencia y de sus manos para ayudarla, y si cabe obligarla, á producir cada vez mas, á fin de subvenir á las necesidades del vestir y del alimento, y ofrecer á la actividad de la industria los mas necesarios elementos. Mas cuando de agricultura se habla, no debe desatenderse nunca la importancia y necesidad del fomento y propagacion del arbolado, ya que en tanta manera contribuye, directa ó indirectamente, á la constante y beneficosa produccion de los países por la frescura y humedad que viene proporcionándoles en las diferentes estaciones del año; principalmente en la primavera y verano.

Y aquí, á propósito de esta cuestion trascendente, he de permitirme manifestar á V. E. que una y mil veces he debido fijar mi atencion sobre tan interesante asunto, y con mas especial atencion al parar mientes en lo asombroso de

las armonías de nuestro globo; y ante este gran libro de la naturaleza, donde hay tanto que explorar y admirar, he ensayado á elevarme en alas de mi imaginacion, volviendo la vista al estado prehistórico de lejanos tiempos, y como en sueño me ha parecido ver la faz de la tierra en sus regiones, en sus montañas y llanuras, en sus lomas, cuencas y pendientes, por doquiera, en una palabra, vestida y adornada de lujosa y apiñada vegetacion, así en plantas herbáceas de toda especie, como en arbustos y árboles, desde los más pequeños hasta los mas agigantados, dentro de los limites que permiten los diversos organismos vegetales. Y he reflexionado y meditado, y luego he debido consultar á mi razon sobre si todo aquello en su aparente y ostentosa visualidad podria dejar de ser una situacion quimérica, una ilusion ó ensueño, ó si antes bien podria ser la presuncion, el presentimiento ó intuicion de una manifiesta é innegable realidad, si así cabe expresarlo. Y ciertamente, aunque al sentir de muchos parecerá esto una debilidad ó aberracion de entendimiento, no puedo negar que por mi parte he debido dejarme llevar por un natural y casi obligado asentimiento, apenas dudando de su posibilidad, particularmente al considerar las condiciones del terreno, clima, situacion y accidentacion, con otras varias circunstancias no menos atendibles en toda la estension de la Península, como he tenido ocasion de manifestarlo más ostensiblemente en algunos escritos que de vez en cuando he publicado, bien en memorias, bien en artículos en algunos periódicos del ramo, y señaladamente en la Revista Agrícola del Instituto de S. Isidro que se publica ya hace años en la capital de este Principado.

Sea de ello lo que fuere, bien puede conjeturarse que nuestro suelo, en cuanto á su vegetacion, en muy poca cosa debe parecerse actualmente á lo que hubo de ser en su estado primitivo; porque dejando á parte lo que en nuestros tiempos es de puro cultivo, que, dicho sea de paso, harto rezagado se halla aún para lo que pudiera y debiera ser, los terrenos incultos, los baldíos de toda suerte, que

tanto abundan en toda la extension de nuestra España, ofrecen desgraciadamente el espectáculo de la más triste desolacion, formando desagradable contraste con aquel estado de ostentosa exuberancia á que hemos aludido. Cuando menos, parece natural suponer que en aquellas prehistóricas edades, merced á la fecundidad propia del planeta, al concurso de los naturales agentes, sin contar con el del hombre, y á lo favorable de las circunstancias que habian de acompañar, la vejetacion indudablemente habia de ostentarse en frondoso relieve con toda la galanura de sus tallos, hojas, flores y frutos, en toda la extension de las tierras: por entónces cabe al ménos suponer una mayor suma de armonía en la marcha de la produccion vegetal, aun cuando no fuera más que la fecundante y regulada accion del calor y del agua y los demas vapores carbonosos y amoniacales de que se hallaba impregnado el ambiente.

Hoy la sequía, que puede decirse es habitual en nuestro clima, viene esterilizando una gran parte de nuestras comarcas, menoscabando la natural belleza y los inmensos productos que de nuestro suelo podrian esperarse si le favoreciera alguna mayor frescura y humedad. Por lo que, en vista de todo esto, es natural preguntarse uno: ¿Por qué hay tanta diferencia en la humedad de nuestro ambiente, en los meteoros acuosos de toda suerte, comparativamente á aquel estado primitivo fundadamente congeturable? ¿Por qué en nuestros tiempos, no obstante el concurso del hombre, que viene sumando sus fuerzas y actividades con las de la naturaleza, no pueden obtenerse los productos vejetales en la profusion é inmensa variedad en géneros y especies que debió ofrecer la tierra en aquel entonces, así tocante á la pequeña como á la mediana y grande vejetacion? Quisiera adivinarlo, y voy á ensayarlo hasta un cierto punto, segun mi particular modo de ver.

Lo que se deja insinuado habia de suceder por necesidad, y no puede negarse, á causa principalmente del desconcierto, y aun mejor, del abandono en que se ha solido

incurrir; resultando de ello la falta de armonía á que ha dado lugar el hombre en sus afanes de inmediato y engañoso lucro, que excesivo egoismo puede llamarse, talando los bosques y gran parte de los árboles de sus heredades sin motivo justificable, bien que hayan contribuido también á lo mismo, y de una manera lamentable, las guerras y los tiempos de desolacion por que ha debido pasar la sociedad en fuerza de sus procaces y maléficos instintos. ¿Quién ignora la acentuada influencia que la gran vejetacion ejerce en la atraccion de las nubes y en su conveniente resolucion en lluvias y otros beneficiosos metéoros? Por lo tanto la experiencia, despues de los desmanes de las pasadas generaciones y de los desaciertos de la actual, nos viene aconsejando pongamos pronto y eficaz remedio á estos males. Sí, efectivamente; incumbe á los hombres de la actual generacion poner coto terminante á abusos de tal naturaleza, lo cual es de esperar, toda vez que ya empieza á comprenderse esta gran necesidad, bien que no se piense decididamente en poner mano á la obra pronto y de una manera enérgica. Todo depende de que, atendidas las actuales condiciones de nuestro suelo y clima, se procure en lo posible restablecer activamente la normal accion de los agentes naturales, lo cual, á no dudar, aunque para algunos sea tenido por una ilusion ó utopia, llegaría á conseguirse poco á poco y de un modo notable por medio de la repoblacion y propagacion del arbolado, mejora innegable que habria de contribuir grandemente al bien de las presentes y futuras generaciones, y aun en mucho mayor grado, si es que se pensára más que hasta ahora en el establecimiento posible de canales de riego, aprovechando á su vez las aguas que se distraen y pierden en gran perjuicio de la agricultura.

Lo que se necesita para el logro de este inmenso beneficio, es el fuerte é insistente propósito que requiere toda colosal empresa, la unidad de miras y la perseverancia en las voluntades, puesto que el hombre puede mucho cuando quiere, y más cuando se asocia y proce de en auna-

da y viril colectividad, que es cuando cada cual á su manera concurre valiosamente con todas sus fuerzas y recursos. Seguramente que de obrar así, en la constancia y mancomunidad de esfuerzos, no sería nuestra indicacion ilusorio ensueño, sino anuncio de una palpable realidad, de una solucion verdaderamente práctica, cual muchos en su buen sentido deben sin duda reconocerlo. Deberia tenerse entendido que nuestro deber, en el desenvolvimiento humano y en la aplicacion de todas nuestras actividades, es marchar con designio decidido en los progresos de la obra de la creacion, cooperando á ellos unánimemente, cada cual en la medida de sus fuerzas, y propendiendo siempre á restablecer por la ciencia y el trabajo mecánico las armonías que por ignorancia ó indolencia, y tal vez por criminal abandono, dejaron caer en desconcierto nuestros antepasados, y que aun en los tiempos presentes olvidan miserablemente los hombres, quedando en su consecuencia la España privada de los inmensos recursos y benefieios que la Providencia habia depositado tan generosamente en su privilegiado suelo.

¿Qué, pues, de particular y estraño hay, Señora, despues de cuanto se deja insinuado, que venga el que suscribe, alentado por la benignidad de V. E. y llevado del mejor deseo, del más solícito afan, á implorar su superior influencia en pro de la instruccion y educacion del pueblo, como igualmente en pro de la propagacion y fomento de los árboles de toda especie, ya que por otra parte nos dan el ejemplo las naciones más adelantadas en economía y civilizacion, donde la tal cuestion es mirada como muy trascendental, y por lo mismo protegida cuanto cabe por sus ilustrados gobiernos, hasta donde alcanzan las humanas fuerzas y una penetrante prevision? La España, atendidas sus condiciones, no puede permanecer indiferente ante esta gran necesidad, y mientras el Gobierno de S. M. adopta todas las medidas que son de desear y están en su esfera administrativa, debieran asimismo los particulares tomar sus útiles y eficaces iniciativas, sobre todos los ricos é

inteligentes propietarios, como tambien muy especialmente y en primera línea las levantadas familias de la Aristocracia, quienes por sus caudales y saber y por el prestigio de su alcurnia, desplegando su noble actitud, las valías todas de su poderío, vendrian ofreciendo á los demás un vivo y digno ejemplo, que no quedaria probablemente sin más ó menos acentuada imitacion. ¿Quién duda que se necesita siempre un fuerte y benéfico estímulo para la realizacion de las grandes cosas, para toda empresa de adelanto y mejoramiento?

Y ya llegado á este punto, Señora, preciso me es que en lenguaje familiar, pero sinceramente sentido y con el debido respeto, renueve la demostracion de mi gratitud hácia vuestra gentil y noble persona, por el inicial pensamiento que os ha cabido tocante á la creacion de la Asociacion protectora agrícola, por cuyo motivo, permítaseme repetirlo, me he sentido obligado á impetrar de la bondadosa solicitud de V. E. la proteccion más decidida y eficaz por las mejoras mencionadas, puesto que son en mi humilde concepto de las mas necesarias y fecundas de entre las que vienen sabiamente indicadas en el programa de la Asociacion; bien que todas ellas, á su vez y tiempo convenientemente realizadas, han de contribuir de un modo poderoso al engrandecimiento material y moral de nuestra patria. Sed, Señora, el ángel tutelar de tan bellas cuanto útiles empresas de social mejoramiento, el instrumento fiel de la Providencia, moviéndoos plácidamente en la luz de vuestra mente y en el amor que debeis á vuestros compatriotas hermanos, pequeños y grandes, puesto que todos somos hijos de Dios. Vuestra mision es grande, trascendente, y veo que estais dispuesta á cumplirla con toda la generosidad y actividad de un buen corazon, con el generoso sentimiento del bien, que es el mejor legado que los poderosos pueden dejar para luz, guia y sosten de los pequeñuelos que peregrinamos en esta tierra de prueba, valle de lágrimas, segun suele decirse.

Quiera Dios, noble y buena Señora, que la antigua é

iustre casa de Medinaceli, inspirándose en el más elevado sentimiento de amor y proteccion á la patria, pueda asemejarse á la casa de Abraham, de Isaac, de Jacob y de José en la manera que vinieron preparándo al pueblo hebreo á la emancipacion de su material esclavitud y de sus ignorancias y rudezas, y así en análogo sentido sea ella por su gran valía y prestigio el Sinaí de donde manen las aguas puras de nuestra regeneracion nacional, la cual depende indudablemente, al menos en una gran parte, de un enaltecido sistema de educacion y del mejoramiento intensivo de la agricultura; no olvidando en todo caso la proteccion, el fomento y la progresiva propagacion del arbolado, ya que todo ello, directa ó indirectamente, contribuye de un modo reconocidamente poderoso á dar asiento á la regularidad y elevacion de las costumbres, al bienestar material y moral, base de la prosperidad y grandeza de los pueblos. Quién sabe, Señora, quién es capaz, en las nebulosidades de la mente y en las escasas virtudes de la humana vida, de sondear los misteriosos arcanos de la Providencia?

Dispensad, Señora, la franqueza de quien ha osado hablaros el lenguaje de la verdad, tal como en su alma la siente, y tal cual desea marchara el mundo, y particularmente nuestra España, en pos siempre de sus legítimos progresos, de sus presentes y ulteriores destinos.

DOMINGO DE MIGUEL.

Lérida 28 de Abril de 1878.

¡LA MUERTE!

«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria! ¡Cuán presto tu venida! ¡cuán secretos tus caminos! ¡cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir; los sábios no te saben evitar; los fuertes, contigo pierden su fortaleza; para contigo ninguno hay rico, pues ninguno pue-

de comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tu paces las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, trucas el mundo y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes; mas tú siempre permaneces en un mismo ser. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se enbota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen y tributo que todos pagan.»

«¡Oh muerte cruel! ¿Cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo é impedir los negocios encaminados al bien? Robas en una hora lo que se ganó en muchos años, evitas la sucesion de los linajes, dejas los reinos sin herederos, hinchas el mundo de orfandades, cortas el hilo de los estudios, haces malogrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio sin dar lugar á los medios; finalmente, eres tal, que Dios lava sus manos de ti, y se justifica diciendo que el no te hizo, (Sap. I y II.) sino que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo.»

Fray Luis de Granada.

Parece increíble que un hombre tan sabio como fray Luis de Granada pudiera repetir que Dios se lavó las manos de la muerte, y que solo por arte del diablo tuvo ésta entrada en el mundo.

Magistralmente pintado se ve el horror que la muerte inspira á los que creen en su dominio, funesto error que á tantos males nos ha conducido.

La ignorancia de la eternidad ha sido la tea incendiaria que ha reducido á cenizas la felicidad de los hombres; pero ha llegado la hora que cual nuevo fénix la razon renazca y se eleve exclamando:

No digais «¡oh muerte cuan amarga es tu memoria!»; porque la muerte es el raudal de la vida.

No lamenteis que «ningun rico pueda comprar la vida por dinero»; porque si no existiera esta igualdad, los pobres de la tierra se convertirian en asesinos. Apreciad con mejor sentido las leyes de Dios.

«Esa pena que todos padecen, y ese tributo que todos pagan» es la prueba inequívoca de la eterna justicia de Dios. ¿Y aún te

quejas, pobre mortal? ¿No tienes bastante con las anomalías y las injusticias que cometen los hombres, sino que aun interrogas á ese poder supremo, á esa espada de Damocles suspendida sobre la humanidad, y lamentas que los ricos y los sabios tengan que sucumbir como los demás hombres, y «se interrumpa la sucesion de los linajes, y se queden los reinos sin herederos y se junte el fin con el principio?»

Eso que llamais muerte es la síntesis de la justicia de Dios: la muerte es la igualdad, es la eterna democracia. Nada importa que los grandes encierren á sus muertos en cajas de plomo y ántes los embalsamen: aquella materia tardará más ó ménos tiempo en descomponerse; podrá conservarse hasta la momificacion; pero nunca recobrará la vida, nunca entrará en relacion aquel cuerpo con la humanidad. La ciencia podrá detener la disgregacion de la materia; pero nunca conseguirá la agrupacion de los átomos para constituir la envoltura de las almas. Los cuerpos aun no se han formado bajo el frio cálculo de los sábios.

¿Y os quejais que la ley sea igual para todos? Bien dicen que los pueblos no tienen mas gobierno que el que se merecen, y la humanidad de la tierra ella misma se forja sus cadenas: y cuando sus grandes hombres caen abrumados bajo las más terribles tiranías, aun hay seres que deploran que la muerte difunda en todas partes su hálito destructor. ¡Lamentais la renovacion de la vida! ¡Deplorais el progreso del mundo! ¡Ay! de la tierra, si hubieran de existir siempre sus tiranos!

¿Sabeis lo que fueron los nobles de ayer.? Aquellos señores feudales exclamaban «Que el cielo hacia crecer flores en las chozas de los villanos, para que sirvieran de alfombra á sus señores», y castas vírgenes y dignas matronas eran arrancadas de sus hogares para satisfacer los impuros deseos de su dueño y señor.

¿Sabeis lo que era la vida de los siervos? de aquellos esclavos pegados al terruño? ¡Sin voluntad, sin dignidad, sin libertad individual! Si los grandes de aquellos tiempos hubieran sido inmortales como los dioses que el hombre creaba; si su aliento no se hubiera estinguido; si su palabra no se hubiere perdido en la noche del tiempo; si sus órdenes crueles no hubiesen sido anuladas por la muerte ¡ay! de la humanidad!

La muerte, y solo la muerte ha saneado este pantano llamado tierra.

La muerte es la renovacion, es la imágen del invierno; todo lo que muere en esa melancólica estacion renace en la primavera: del mismo modo, el espíritu deja su cuerpo para abonar la tierra y vuelve á la primavera para vivir con las flores, con los pájaros y con la luz.

Si el hombre fuera eterno en la tierra, Dios seria cruel.

¡Vivir aquí mucho tiempo, donde todo se confabula para la vida del dolor: nuestras necesidades, nuestro organismo, nuestro modo de sér, nuestros afectos imperiosos y exclusivos!... ¡Oh! la muerte debía ser proclamada como la redentora del hombre.

¡Vivir! ¿sabeis lo que es vivir en la tierra, donde no hay más que dos jerarquías, víctimas y verdugos, el fuerte y el débil, en política, en religion, en artes, en ciencia, en afectos íntimos, en todo? No concebis una vida mejor, donde la anarquía no sea el código social? Ah! nosotros concebimos otra vida más noble, más elevada, más pura, no en el estacionamiento de la gloria, sinó en el trabajo sin la estafa, en la ciencia sin la envidia, en la soberanía del amor, en el estudio indefinido, en el arte idealizando la verdad, en la industria emancipando al obrero; creemos que el hombre, esa última palabra de Dios, en cierto modo, puede ser más digno, más grande, más sublime de lo que ha sido hasta ahora: por esto consideramos á la muerte como la tabla salvadora de la humanidad, y desde que hemos conocido el espiritismo, mucho más; porque vemos que esa crisis es muy necesaria para nuestro progreso, no porque creamos que el espíritu adquiere ciencia con solo dejar la materia, no; no es eso; pero sí, que un espíritu adelantado vé mucho más lejos libre de su cuerpo, que ligado á la materia, y un espíritu criminal, al morir, siquiera el estupor y el asombro le detienen cerca de su tumba, y si vé sólo á sus víctimas, ya principia á pagar sus deudas. De todos modos, la muerte es el principio de la vida.

Dice Michelet, «que la ignorancia de los tiempos bárbaros hizo de la muerte un espectro, y la muerte es una flor.

«El hombre es quien hizo el sepulero y luego le ha tenido miedo.

«¡Oh! ciencia, ciencia, dulce consoladora del mundo y verdadera madre de la alegría!»

¡Cuán acertadamente piensa el escritor francés! ¡Cuánto más adelantado es su pensamiento que el del insigne español que nos ha dado lugar á dedicar algunas líneas á ese regulador eterno, á ese reloj de los siglos que no se ha parado nunca, á ese algo inesplicable que fecundiza la tierra con mares de llanto, pero que engrandece el destino del hombre como todas las creaciones de Dios.

¡Sin la muerte no hubieran existido los héroes! Ella deificó á Cristo y ha inmortalizado á los genios!

¡El laurel de la victoria solo crece en la tumba de los mártires!

¡La muerte es la apoteosis de todos los sacrificios humanos!

¡Los hombres vistos de cerca, son hombres, y tras de la losa del sepulcro son dioses! Bendigamos la muerte, porque es la emancipacion del espíritu; porque es el *aparato salvavidas*, que nos permite nadar en los mares del infinito; porque es el globo que nos eleva y nos conduce por el espacio, para admirar otros mundos, otras razas, otras civilizaciones que den á nuestro espíritu nueva vida.

La muerte es el perdon que Dios ha concedido á la humanidad: es la resurreccion del espíritu. ¡Sin la muerte, el hombre *no podria vivir!*

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

REVISTA BIBLIOGRAFICA

LA EDUCACION DE LOS PUEBLOS

POR

D. DOMINGO DE MIGUEL,

DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LÉRIDA.

«Deber es de todo ser inteligente y libre derramar, esparcir por todos los medios posibles la luz del saber y del bien, aun cuando haya de verse perseguido por la justicia de sus obras. Jesús nuestro divino Maestro lo ha dicho y nos lo recomienda terminantemente en su Santo Evangelio para extirpacion de las nieblas de la mente y del corazon, de las ignorancias, fanatismos é iniquidades del mundo:»

Este pensamiento, estampado en la primera página del libro que con el título de «*La Educacion de los Pueblos*» acaba de publicar el ilustrado director de la Escuela Normal de Lérida, es la terminante aceptacion del alevoso reto lanzado por el perseguidor ultramontanismo á la faz de todos los hombres amantes del progreso, de la verdad y de la libertad. «Que nadie se atreva á pensar,—vocifera la secta ultramontana;—que ningun espíritu ose proclamarse independiente de nuestro tiránico dominio; que nadie abra los ojos para ver otra luz que la que nosotros reflejamos, ni los oídos para recibir otras verdades que las que nosotros le decimos, ni el corazon para dar cabida á otros sentimientos que los que nosotros le infandimos; porque aun somos poderosos; aun tenemos ejércitos de fanáticos y un numeroso estado mayor

formado de todos los grandes hipócritas y de todos los grandes fariseos de la tierra, y aplastaremos sin compasion al desdichado que levante una bandera contraria á nuestra bandera, que anuncie un Evangelio distinto del Evangelio por nosotros amañado para tiranizar los entendimientos y esclavizar las conciencias.» *Ecce homo*; estos son los ultramontanos de todas las épocas y sus procedimientos de todos los siglos: no pueden vivir sino oprimiendo, y oprimen para vivir; porque así como los cuerpos buscan la luz, las almas buscan la verdad, y sólo pueden vivir perpétuamente en el error las almas encadenadas. Pero las amenazas y excomuniones de los mercaderes religiosos han perdido mucho de su temible importancia desde que la piqueta del progreso derribó los odiosos alcázares del tormento; desde que no existe para hacerlas efectivas aquel horrible tribunal que para purificar las almas torturaba los cuerpos y los condenaba á la hoguera; y ya es respetable el número de los hombres animosos que se atreven á disputar al negro monstruo su tiránica dominacion en las conciencias.

Entre estos hombres de ánimo levantado ocupa un honroso lugar el director de la Escuela Normal de Lérida, el autor del libro con cuyo título encabezamos estas líneas. Profundamente religioso, mucho más que cuantos hipócritamente le han perseguido haciendo alarde de creencias y sentimientos que con la persecucion desmienten, ha juzgado un deber la predicacion de la verdad, y se ha consagrado en cuerpo y alma á este sacerdocio, á este peligroso apostolado, arrojando impávido las iras de la gárrula turba que ha hecho del arca santa el pedestal de sus mundanas ambiciones. Los fariseos, que vieron en él un apóstol del cristianismo de Jesús, le denunciaron a las potestades del mundo y gritaron con toda la fuerza de su intolerancia: ¡Crucifige! ¡Crucifige!

Nuestro amigo ha sufrido con ejemplar resignacion los azares de la suerte á que le ha reducido el implacable odio ultramontano. Ni una recriminacion, ni una queja ha salido de sus labios. Su venganza ha consistido en practicar una obra de misericordia publicando «*La Educacion de los Pueblos*,» con lo cual, á la vez que ha afirmado su reputacion de hombre eminentemente religioso, ha aportado su piedra al esplendoroso monumento del progreso

El objeto del repetido libro es el desenvolvimiento armónico del ser humano en todas sus virtualidades, especialmente en las nobilísimas del alma. Al efecto, y como introducción, entra el autor en algunas luminosas consideraciones referentes á la importancia y necesidad de una educación fundamental, manifestando de paso que todo, en los ejercicios educativos, debe subordinarse al principio verdaderamente religioso; á la marcha ordenada de la naturaleza, cuyos desarrollos no se verifican bruscamente, sino paso á paso y por una serie de transiciones y transformaciones sucesivas; y al pensamiento de Dios en la creación, que se manifiesta en sus leyes, relativamente á los fines de los seres inteligentes y libres, del hombre, criatura eternamente perfectible por sus propios esfuerzos y merced al amor y superior auxilio del sapientísimo Padre universal.

Una vez sentado este preliminar, que viene á ser como el diseño ó croquis de su plan educativo, pasa á la exposición de su doctrina y enseñanzas filosófico-religiosas, sin perder nunca de vista que lo que se propone es la buena educación de las clases populares y que á la inteligencia de estas debe acomodar sus razonamientos y lenguaje. El hombre y su organización, la vida y sus principales funciones y fenómenos, la vida orgánica y de relación, los actos y facultades de la humana inteligencia, las aptitudes morales de la criatura racional, el destino del hombre sobre la tierra, las aspiraciones legítimas del alma, la educación en sus tres fases, física, intelectual y moral, referida ya al individuo, ya á la familia y á la sociedad, son todos puntos de capitalísimo interés educativo que el Sr. de Miguel desarrolla con aquella maestría que revelan solamente los que á una larga experiencia y á un profundo conocimiento de la naturaleza humana juntan una rectitud de criterio no común y vastas luces en diversos ramos del saber. El capítulo en que se ocupa de la educación espiritual tiene grandísimo alcance, tal vez más que por lo que dice, por lo que deja adivinar: en él se encarece la necesidad de un *cuerpo docente* que difunda la luz moral por todos los ámbitos del mundo; pero se adivina que ese apostolado no han de constituirlo hombres que se distingan de los demás por el hábito, sino por relevantes condiciones de ilustración, moralidad, amor, abnegación y sacrificio. Estos son

los que indudablemente están llamados á formar el cuerpo sacerdotal del porvenir, tan pronto como desaparezcan de entre nosotros ciertas instituciones caducas que viven aun de su pasada influencia y de la ignorancia y fanatismo.

Sigue después, como complemento y resumen de las lecciones precedentes, un escogido extracto de las ideas y pensamientos sobre educación popular, del célebre prelado de Orleans, Mons Dupanloup, consignados en sus obras, cuyo indisputable mérito han reconocido amigos y adversarios. Los principios fundamentales de toda buena educación no son patrimonio de escuelas determinadas, sino de todos los hombres pensadores y amantes del progreso de las sociedades y de la prosperidad de los estados. El ser obispo no incapacita para ser buen pedagogo, por más que no sean los seminarios, por punto general, casas modelos, ni mucho menos, de esmerada educación. Las aspiraciones de la ciencia se armonizan perfectamente con los grandes é inmanentes principios tradicionales: lo que la filosofía rechaza, lo que la recta razón condena y abomina es el sinnúmero de superfetaciones que podemos llamar teológicas, introducidas por las sectas en el arca santa de aquellos grandes principios, y proclamadas como verdades divinas no siendo sino miserables engendros de humanas concupiscencias. Nosotros aplaudimos de buen grado al Sr. de Miguel en su solicitud por armonizar con la ciencia y la filosofía todo aquello santo y digno de lo que de la tradición hemos recibido, y aplaudiremos del mismo modo á cuantos se consagren al fecundo trabajo de buscar y proclamar las armonías que existen entre los antiguos y los nuevos ideales.

Viene, por último, en «*La Educación de los pueblos*» un oportuno bosquejo histórico-religioso, donde en agradable síntesis campean los más sólidos y útiles cuanto edificantes conocimientos sobre Dios y el hombre, la ley natural y la escrita, el advenimiento de Jesús, su naturaleza y misión y sus principales enseñanzas evangélicas, formando en su conjunto y detalles un libro utilísimo que no podemos dejar de recomendar. Escrito para el pueblo, su lenguaje es sencillo, sus pensamientos claros, su estilo fácil, sin alardes de una erudición impropia del fin que su autor se ha propuesto: es, en suma, un libro de verdadera educación popular, y libros

de esta clase abundan poco, por desgracia. Prefiérese más comunmente escribir para las personas ilustradas, aun acerca de aquellos puntos en que conviene abrir los ojos al vulgo, resultando que la ignorancia se perpetúa entre las muchedumbres, las cuales á su vez, y como es consiguiente, sirven de escabel á todas las ambiciones y de instrumento á todas las tiranías. En su deplorable atraso intelectual y moral, cuando creen que van á romper sus cadenas, se fabrican con sus propias manos una nueva esclavitud.

Reciba el Sr. de Miguel nuestros más sinceros plácemes por su modesta obra, á la cual auguramos una acogida favorable de parte de todos aquellos que suspiran por la emancipacion moral de esas masas que gimen aun en la esclavitud del fanatismo. ¡Pobres víctimas de una ignorancia de cien siglos, sostenida últimamente por diez y seis siglos de oprobiosa servidumbre! ¿Cuándo acabará el reinado de las tinieblas? ¿Cuándo el soplo del progreso barrerá de los horizontes sociales las amontonadas nubes? ¿Cuándo la dignidad humana se establecerá definitivamente en la tierra? Cuándo aplastará el hombre la cabeza de la fementida serpiente que le ha cerrado las puertas del paraiso? ¿Acaso estaria condenado, como el judío de la leyenda, á andar, andar eternamente, sin esperanza de descanso, sin medios de redimir sus faltas y reconquistar por la libertad el título de hijo de Dios y el nobilísimo destino de la criatura racional?

CATALAN.

VARIEDADES.

EL CIELO Y EL INFIERNO. ⁽¹⁾

EL CIELO.

Coro de Angeles.

Hermosos nos hizo
la mano de Dios;
nos dió la pureza;
la virtud nos dió.
Desde que nacimos
de su inmenso amor,
el empíreo cielo
fué nuestra mansion.
Jamás conocimos
pena ni dolor;
nunca la tristeza
nuestro sér turbó:
que fuimos creados,
que nos hizo Dios,
para ser felices
sin interrupcion.

¡Gloria á Dios! que apartó de nosotros
el destino del hombre y su afan;
que nos dió, sin temores ni luchas,
lo que al hombre le es fuerza ganar.

(1) Segun la escuela ultramontana.

Un párvulo.

Porque quiso Dios, nací;
un hombre me bautizó;
cinco minutos viví;
la muerte me sorprendió,
y me trajeron aquí.

Un bienaventurado.

Robé, deshonré, maté;
hacer el mal fué mi anhelo;
ni á mi padre perdoné;
pero al fin me confesé,
y subí volando al cielo.

Coro de bienaventurados.

Gocemos, gocemos,
que el cielo es gozar,
contemplando estáticos
del Señor la faz.
Cantemos, cantemos,
que el cielo es cantar
«¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!»
sin cesar jamás.
Cantar, cantar siempre,
y al buen Dios mirar,
¿puede concebirse
otra dicha igual,
goces mas variados,
mas felicidad?
Si en lagos de fuego
bañándose están
séres que en el mundo
pudimos amar,
sus gritos, sus ayes,
su rabioso afán
¿podrán, por ventura,
nuestra paz turbar?
Cantemos, cantemos,
que el cielo es cantar
«¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!»
sin cesar jamás.

EL INFIERNO.

Hórrido fragor resuena,
gritos de rabia y dolor,
alaridos de venganza,
rugidos de maldición,
y en revuelto torbellino
satánica procesion
de pavorosos fantasmas,
que uno de otro corre en pós,
cruza las hondas cavernas
de la sombría mansion.

Cuervos que graznan, murciélagos
que aletean sin cesar,
buhos de asqueroso aspecto
y mirada pertinaz,
serpientes, dragones, monstruos,
en horrible variedad,
rugiendo, bramando, aullando,
forman la corte infernal
del señor de aquellos antros,
del iracundo Satan.

Calderas de hirviente lava,
de azufre, betun y pez,
rios de negruzca sangre,
lagos que hierven también,
tridentes, garfios, tenazas,
ruedas y potros se ven,
donde á las miserables almas
que allí caen en tropel
atormentan sin descanso
los seides de Lucifer.

Un condenado.

¿Por qué nací? Maldito quien la vida,
cruel me concedió.
¿Quién es el que implacable me condena
á eterna maldición?
¡Oh, réprobos infaustos, que conmigo
compartís el dolor;
que amarrados estais á mi tormento!
decidme: ¿quién es Dios?

Coro de condenados.

¡Dios es la venganza!
 ¡Dios es la crueldad!
 El hace á los hombres;
 y su amor es tal,
 que á sus propios hijos
 á eterno penar
 condena, si débiles
 sucumben al mal.

Es tal su justicia,
 que á los unos dá
 virtud, y á los otros
 instinto procaz,
 trazando así al hombre
 su senda fatal,
 de eterna ventura
 ó eterno penar.

¡Dios es la injusticia!
 ¡Dios es la crueldad!
 ¡Maldito! ¡maldito
 por siempre jamás!....

Otro condenado.

Yo en el Sér Sumo creí;
 la caridad practiqué;
 culto á la virtud rendí;
 á los buenos ensalcé
 y á los malos corregí.

En Dios puse mi confianza
 y en un galardón eterno:
 decid, pues no se me alcanza,
 ¿por qué se hundió mi esperanza?
 ¿por qué estoy en el infierno?

Un demonio.

Á la justicia de Aquél que amaste
 nada se escapa;
 y tú en tu orgullo siempre juzgaste
 falible al Papa:
 sin bula, incauto, carne comiste,
 ¡crimen horrendo!

¡ja! ¡ja! ¿y preguntas por qué viniste
 y estás ardiendo?

Coro de demonios.

Despéñanse á millones
 las almas hácia aquí
 desde que Aquél muriendo
 quisolas redimir.

Podéres infernales,
 venid todos, venid,
 y juntos celebremos
 diabólico festín,
 cantando la victoria
 de Aquél, que á destruir
 nuestro dominio vino.....
 ¡Ja! ¡ja!... ¡Reid!... ¡reid!...

ISIDORO PELLICER.

Algunos periódicos han publicado el acta de la retractación del P. Curci. El buen jesuita se había desviado un poco de la ortodoxia ultramontana; pero un toque de la gracia le obliga á deponer sus errores, y vuelve confuso y arrepentido á los piés del padre de familias.

Así comenzó Lutero.

*
 * *

Se ha tratado ya de la beatificación de Pio IX.

A los ultramontanos, todos los santos les parecen pocos para la defensa de su causa, que ven un tanto comprometida, y aspiran á multiplicar el número de sus celestiales defensores.

Nosotros votamos en pro de la beatificación, siquiera para saber á punto fijo el número de milagros que obró en vida el último pontífice.

Si no hubiesen sido beatificados y canonizados los santos del calendario ¿cómo habrían llegado á saberse sus milagros?

*

Ya que de milagros hablamos, nos permitiremos referir en brevisimas palabras un par de ellos para confusión de los incrédulos y edificación de los creyentes.

A un pobre jorobado le estrajeron, con las precauciones necesarias, la columna vertebral, se la rociaron con agua bendita, vol-

vieron á colocársela, y al cabo de una hora se levantaba el paciente sano y sin joroba, entonando un cántico de alabanza al Señor por merced tan estupenda.

A un idiota se le hizo una incision al rededor de la cabeza, y con la mayor prudencia y el mas esquisito cuidado le fué levantada la parte superior del cráneo y estraído el cerebro. El paciente, que se llamaba Jerónimo, ni chistaba ni parecia apercibirse de aquella delicadísima operacion. Lavósele el cerebro con agua de Lourdes, colocósele de nuevo en su sitio, volviósele á cubrir con la mitad del cráneo levantado, y á las ocho horas Jerónimo habia recobrado la salud y la inteligencia asombrando á todos sus conocidos.

Asi lo refiere un periódico, dedicado esclusivamente á propagar la devocion y sostener la fé.

*

A nosotros no nos cuesta gran trabajo dar crédito á esas estracciones de columnas vertebrales y cerebros, desde que leimos en un libro escrito por un piadoso monje el portentoso suceso que vamos á relatar, aunque mas brevemente que el desocupado cenobita.

Una persona devota de la Virgen habia logrado, á costa de una perseverancia sin ejemplo, enseñar á un jilguero á pronunciar: *Ave, Maria Purissima*. Como hallase cierto dia el pajarillo abierta la puerta de su cárcel, estendió alegremente las alas y remontó su vuelo por los aires. De improviso precipitase sobre el desdichado jilguero un gavilan, que lo hace presa entre sus garras y va ¡cruel! á devorarlo. Mas ¡oh milagro de los milagros! Ocúrrele al parlero jilguerillo esclamar ¡*Ave, Maria Purissima*!, y el ave de rapiña cae muerto, y el pájaro se vuelve á su jaula bendiciendo desde lo mas íntimo á su devoto dueño, de quien aprendiera la oracion que tan eficazmente le habia servido para librarse de las garras del despiadado gavilan.

*

* *

El Gobierno ha resuelto, por fin, el espediente que desde hace tres años y medio venia tramitándose contra D. José Antonio Vilá, maestro de Llardecans, acusado, confeso y convicto de ser espiritista. En virtud de dicha superior resolucion, *en la cual no se menta el espiritismo para nada*, se manda abonar al maestro suspenso la mitad de su haber por todo el tiempo de la suspension sufrida, y que se le traslade á otra escuela de igual categoria y sueldo dentro de la misma provincia.

El profesar, pues, el espiritismo no constituye falta en un maestro, mientras éste en el recinto de la escuela se atenga al reglamento y á la ley. Fuera de la escuela, sus actos caen bajo las leyes generales del Estado. Asi opinábamos nosotros, y la citada resolucion del Gobierno, que sinceramente aplaudimos por la tolerancia que revela, ha venido á confirmar nuestra opinion.

*

* *

Nuestro ilustrado correligionario de Valencia D. Jaime Feliu y Vegués acaba de publicar un libro, escrito con criterio cristiano espiritista, titulado «Observaciones á la obra La Pluralidad de Mundos habitados ante la Fé católica, de D. Niceto Alonso Perujo.» Por lo poco que hemos podido leer de él, creemos hacer un bien recomendando su adquisicion á nuestros lectores, sin perjuicio de que dediquemos un artículo á su exámen en uno de los próximos números de EL BUEN SENTIDO.

*
* *

En otro lugar de este número verán nuestros lectores la Moción sobre la necesidad del fomento y mejoramiento de la instruccion y educacion de los pueblos, elevada por nuestro buen amigo D. Domingo de Miguel á la Excm. Duquesa de Medinaceli, como iniciadora y presidenta de la Asociacion protectora de la Agricultura nacional. Damos gracias al Sr. de Miguel por habernos autorizado á publicar, cediendo á nuestros deseos, dicho importantísimo trabajo.

*
* *

Las rifas de imágenes continúan á la orden del dia en las puertas de las iglesias. En la del Hospital de esta ciudad nos ha parecido ver una mujer vendiendo piadosos billetes á los devotos concurrentes. Es un medio ingenioso de reducir la piedad á dinero contante. Esto nos recuerda á Jesús con el látigo en la mano arrojando á los mercaderes del templo.

*
* *

Bueno está en España el servicio de correos. Nosotros en este punto no tenemos motivo de queja. Todos los paquetes de libros ó colecciones de EL BUEN SENTIDO que enviamos bajo certificado, llegan á su destino: los únicos que no llegan á ninguna parte, que sepamos, son los que remitimos sin certificar. Hacemos esta indicacion para que sepan aquellos que en lo sucesivo nos hagan algun pedido, que habrán de abonar el coste del certificado, ó de lo contrario no responderemos de los extravios que puedan ocurrir, y que indefectiblemente ocurrirán.

*
* *

ATOMO.

Soplo soy desarraigando
lo que el tiempo ha producido,
gota que va desgastando
y esponja que va borrando:
¿sabes quién soy?—El OLVIDO.

CÍRCULO CRISTIANO ESPIRITISTA DE LÉRIDA.

DICTADOS ESPIRITUALES.

Octubre de 1874.

Hermanos congregados: el Cristianismo es la ley de amor universal, cuya espresion fué Jesús, y es cristiano sólo el que sigue esa ley, el que siente y practica la caridad.

No sois cristianos cuando os llamáis espiritistas; sino cuando el espiritismo, la caridad, vivifica vuestros sentimientos y pone en accion vuestras manos y en movimiento vuestros piés.

No sois cristianos cuando os congregais y os unís en la palabra para cantar las escelencias del Cristianismo; sino cuando en vuestras congregaciones os unificais en sentimiento y en deseo de caridad. Tambien las Iglesias pequeñas celebran congregaciones.

No sois cristianos porque prediqueis en público y cante vuestra voz la palabra de verdad; sino cuando los acentos de esta voz son el eco de las armonías del alma. *Los ministros de la palabra árboles son de vida, y conocidos por sus frutos.*

No sois cristianos por evangelizar á los demás hombres vuestros hermanos, haciéndolos discípulos de Cristo, si primero no hubiereis evangelizado vuestro espíritu.

Mucho camino os falta recorrer para ser fieles discípulos de Cristo y dignos apóstoles de la palabra. ¡Andad! ¡andad!.

AGUSTIN.

Diciembre de 1874.

Aun no ha llegado el triunfo de las doctrinas de Jesús. Aun pasará un año y otro año, y las nubes impedirán la luz purísima del sol. Aun los intereses mundanos se opondrán por mucho tiempo al desenvolvimiento del regenerador espíritu de verdad. Aun la ignorancia, la incredulidad y el fanatismo entorpecerán el curso de la ciencia del espíritu, que queda muy rezagada, si su desarrollo se compara con el que las otras ciencias han alcanzado en estos últimos tiempos. Aun los placeres de la materia serán preferidos á los dulces y puros goces del alma, y el egoismo reinará en los corazones.

Son, no obstante, muchos los que trabajan en la viña del Señor y contribuyen á precipitar la necesaria renovacion moral. Entre los operarios los hay que predicán la verdad y otros que la practican: estos son muy superiores á los primeros. La palabra persuade el entendimiento, pero las obras cautivan el corazón. Sed cristianos en las obras, y vuestra predicacion será fructifera.
